

Alex Mírez

PERFECTOS MENTIROSOS

MENTIRAS Y SECRETOS

wattpad 
by Montena

Todos los hechos de esta historia están narrados desde mi perspectiva.
Ningún nombre o lugar ha sido cambiado, porque no me interesa
proteger a nadie. Lo que me interesa es decir finalmente la verdad.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Primera edición: septiembre de 2020
Primera reimpresión: septiembre de 2020

© 2020, Alex Mírez
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna
parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-18057-61-8
Depósito legal: B-8.140-2020

Compuesto en Compaginem Llibres, S. L.

Impreso en Black Print CPI Ibérica
Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

GT 5 7 6 1 8

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A la mujer más fuerte, valiente e inteligente del mundo: mi mamá.
Siempre me dices que algún día ya no escucharé tu voz.
Ojalá tuviera el poder de manejar el tiempo
para que ese día no llegue nunca.*

Se dice mucho de las historias de Wattpad. A veces, nadie cree en ellas. A veces, eso que se dice hace que el mismo autor deje de creer en ellas. Una vez, casi me pasó. Por esa razón quiero agradecer a las personas que me ayudaron a seguir creyendo en lo que escribo. Son todas las personas que día a día me dejan un comentario de apoyo en mi muro o me envían un mensaje personal a mis redes sociales. Son todas las personas que se toman el tiempo de contarme que mis historias les alegran el día y que aparecen sin dudar cuando yo actualizo un capítulo un mes después. Son todas las personas que hicieron especial a los perfectos mentirosos con sus imágenes, memes, dibujos, dedicatorias y recomendaciones. Gracias, ustedes también me han ayudado a mí como no tienen una idea.

Te contaré un secreto...

Existe un lugar llamado Tagus.

Es la universidad a la que solo asisten chicos y chicas con apellidos influyentes, familias poderosas, cuentas bancarias infinitas y vidas envidiables y aseguradas.

Está llena de caras hermosas, altivas y maquiavélicas. Por sus amplios pasillos se susurran sin compasión los chismes más recientes. Es exigente, pero a veces flexible, y está rodeada por un campus en donde cada fin de semana hay una fiesta en la que debes impresionar a alguien. Tagus, enorme e imperiosa, ha sido construida a base de «Hablaré de esto con mi padre» y «A mi familia no le gustaría que usted pusiera una mancha en mi expediente».

Dentro, todo se vale y al mismo tiempo todo se juzga.

Es el magnífico núcleo del infierno, poblado de atractivos, bien vestidos y malintencionados diablillos.

Pese a todo, cualquiera desearía estar allí.

Tu mejor amiga, tu prima malvada, el hermano de alguien, la chica que detestas, tú misma, yo...

Cualquiera mataría —literalmente— por formar parte de esa exclusiva sociedad/círculo/secta para poder disfrutar de las risas, justificar sus maldades y esconder con complicidad cualquier secreto.

Porque en Tagus hay muchos secretos.

Y a veces ni siquiera los padres ni el dinero pueden mantenerlos ocultos por mucho tiempo.

A veces, salen a la luz por sí solos.

Otras veces, alguien los hace salir...

Prólogo

Campus universitario de Tagus

1 de mayo, 15.00 horas

—¿Viste lo que pasó con los Cash?

—Sí, qué horror. No me lo hubiera imaginado nunca.

—Nadie. ¿Quién iba a pensar que esos tres ocultaban algo así? A mí me encantaba Aegan, el mayor. Ya sabes, ¿no? El de los tatuajes. Dios, cuando entraba en un sitio, su presencia era salvaje.

—A mí me gustaba Adrik. Era callado, pero eso le daba un aire misterioso. Además, yo estaba en Literatura con él, y cuando leía delante de la clase..., orgasmos literarios.

—Aleixandre también estaba cañón, eh, aunque tenía pinta de niño bueno.

—Hayan hecho lo que hayan hecho, seguirán siendo una leyenda en Tagus.

—Y ahora también esa chica... ¿Cómo se llamaba? Jude, sí, Jude.

—¿Ella fue la que lo hizo?

—Sí, ella fue quien los destruyó.

¡Bienvenida al infierno más divertido!
Perdón, ¡a Tagus!

1 de enero

—El secreto para sobrevivir aquí es no confiar en nadie, ser discreta con lo que haces y tener mucho cuidado de quién te ve haciéndolo.

Ese extraño y valioso consejo salió de la boca de Artie, la chica que sería mi nueva compañera de apartamento.

Pero, para ser sincera, no le di importancia, je.

Solo podía pensar: «¡Tagus, aquí estoy finalmente!».

Era el primer día. Caminaba por la feria de bienvenida a nuevos alumnos en el parque central del campus, y yo era todo lo que debía parecer: la típica chica nueva, tonta y deslumbrada porque a mi alrededor cada cosa era fiel a las fotografías de la página web.

Los kilómetros de áreas verdes que conformaban los terrenos universitarios estaban plagados de árboles podados y moldeados de la misma forma que las vidas de los que tenían el privilegio de haber sido aceptados como alumnos. Por las calles asfaltadas circulaban bicicletas. Había carteleras en cada esquina con anuncios informativos, de eventos próximos, ¿ese era un cartel de una chica desaparecida? Y ahí, en el parque central de Tagus, punto de encuentro del primer día, abundaban las casetas de ventas de camisetas, de entregas de horarios, de guías de campus y de clubes estudiantiles.

Dentro de esas casetas, los chicos y chicas tenían ese aire de «Si quisiera, mi papá me compraría esta calle, y este piso, y lo que haya debajo de este piso». Y fuera, mirando y tratando de asimilarlo todo, los estudiantes nuevos transmitían un «¡Qué emoción estar aquí, aunque no

me tendré que esforzar por nada más que por mi *outfit*, ya que mi padre se limpia el trasero con dinero!».

—¿Estás oyendo lo que te digo? —me reprochó Artie ante mi evidente distracción.

Caminaba a mi lado. Al llegar al apartamento, yo le había pedido que me acompañara a la feria, ya que no sabía cómo moverme sola por ese laberinto universitario. Para mi sorpresa, Artie había aceptado.

—Claro —le mentí para ocultar que había estado ignorando lo que decía sobre supervivencia social—. Que tengo que seguir tus consejos o... ¿Qué es lo peor que me puede pasar?

—Depende —respondió ella mirándome con curiosidad—. ¿Cuál me dijiste que era tu apellido? ¿Es importante en algún lugar?

Sí, en la silenciosa, oscura y despoblada Ninguna Parte.

—¿Tiene que serlo? —inquirí como respuesta—, porque, según se dice, lo que aquí importa es que los estudiantes mantengan un nivel académico magistral.

Artie asintió con una risa.

—Sí, sí, eso es muy cierto, y también que de aquí salen figuras importantes —admitió—, pero sácate el folleto de Tagus de la cabeza. No todo es pasarse el año entero sola y estudiando. ¿O eres de las que prefiere estar sola?

En realidad, de las que prefería guardarse sus preferencias.

—Me adapto al entorno —me limité a decir con un encogimiento de hombros que no revelaba nada.

—Bueno, aquí hay evento tras evento, y los círculos sociales son importantes —explicó con una seriedad que delató la importancia que le daba al tema—. Con un buen apellido no tienes que esforzarte mucho en encontrar uno o en hablar con la gente, porque la gente estará dispuesta a hablar contigo en cualquier momento. Por esa razón, dime, ¿tienes algún familiar que se pueda reconocer o al menos googlear?

Sacó su móvil y esperó ansiosa a que le dijera quién de mi familia aparecía en internet. Como a mí me gustaba hacer fichas mentales de las personas, justo en ese momento lo que tenía anotado de Artie en mi cabeza era:

Aspecto: más o menos alta, cabello negro, ondulado y corto hasta la línea del cuello, estilo Marilyn Monroe. Nariz y barbilla de hada, ojos grandes y delineados, jersey y tejanos. Sus fotos en Instagram deben verse *aesthetic* y probablemente nunca le debe faltar alguna frase de algún libro en la descripción.

Característica destacable: chica a la que le importa demasiado la reputación social. Es decir, se esfuerza demasiado. Pero ¿le funciona? ¿Es Artie importante socialmente?

Al menos era amable.

—No, nadie de mi familia es importante —fue lo que dije.

Artie hizo un mohín de pesar.

—Qué mal, siempre es más fácil así. —Agitó la mano en un gesto despreocupado para restarle importancia—. Pero no te preocupes, por suerte has quedado conmigo. Conozco gente y te los presentaré. ¿Cuál es tu *target*?

Iba a decirle que no tenía ni idea de lo que me estaba preguntando, pero mis ojos ansiosos que habían estado fijándose en todo lo que ocurría junto a nosotras y en todo lo que veía mientras caminábamos se fijaron en una de las casetas de la feria. Una en específico.

Y entonces pasó.

Ellos.

Él.

Me fue imposible hablar y caminar al mismo tiempo, así que me detuve y primero me fijé en el chico que atendía la caseta. Tenía un camino de tatuajes que se iniciaba en su muñeca derecha y se perdía en su ascenso por el resto del brazo, y llevaba su cabello azabache rapado por los lados y más abundante por arriba. Era uno de esos chicos que, al entrar en un lugar, lo dominan por completo. Uno de esos chicos que parecen el endemoniado sol, porque te dan ganas de mirarlos, pero cuando lo haces te causa dolor ocular tanta energía, tanto poder, porque sí, «poder» siempre ha sido la palabra perfecta para empezar a describirlo.

Desprendía un carácter autoritario mientras discutía con el chico que lo acompañaba dentro de la caseta. No estaban montando ningún escándalo, pero yo noté que discutían porque su boca no paraba de

moverse con tensión. Vi incluso el momento en el que perdió la paciencia, le arrancó al otro chico el cigarrillo que sostenía entre los labios y, furioso, lo lanzó al suelo.

Me fijé entonces en el tipo del cigarrillo. Era un poco más delgado, tenía el pelo del mismo color negro azabache que el de los tatuajes, pero lo llevaba más largo y con un corte desenfadado. Al contrario del primero, su cara era menos expresiva. Su boca era una línea seria y sus cejas espesas no indicaban nada, por lo que era muy difícil saber si la discusión le afectaba de algún modo. Su ropa era toda oscura y no parecía tener intención de dar respuesta alguna a las palabras que le estaban soltando.

En donde el otro parecía un terremoto en curso, este era la insospechada calma que precede a una catástrofe.

—¿Ya has salido del hechizo Cash? —escuché a Artie preguntarme de repente.

Salí de mi análisis con brusquedad y la miré, pestañeando. Me di cuenta de que sus ojos también apuntaban hacia los dos chicos de la caseta.

—¿Qué? —No la había entendido—. ¿Qué hechizo? ¿De qué hablas? Ella soltó una risa de «no pasa nada».

—Te has quedado mirando a los hermanos Cash, y eso es lo que dicen que te sucede cuando los ves por primera vez —explicó divertida, muy obvia—. Te quedas atontada por un rato, no puedes apartar la mirada y piensas: «¿Son reales?». Y sí, son tan reales como que te tiemblan las piernas en este momento.

Bueno, mis piernas se habían detenido, nuestro recorrido por la feria del parque se había pausado y me había quedado como suspendida mirándolos. Había sido una... ¿mezcla de sensaciones? Sí, confusa.

—¿Hermanos Cash? —pregunté, más desconcertada.

—Lo sé, a veces es mejor hacer como que no sabes quiénes son —resopló ella.

La miré con incredulidad.

—No sé quiénes son.

Por un instante Artie no se lo creyó, pero cuando notó que me la quedé mirando a la espera de una explicación sobre ellos, pestañeó, desconcertada, e incluso emitió una risa extraña.

—¿Es en serio?

Curvé la boca hacia abajo y asentí. Sip.

—Por cómo lo dices, ahora quiero saberlo todo sobre ellos.

Me miró un instante más, medio ceñuda, intentando entender algo en mí.

—Eres rara, Jude —resopló como si fuese un buen chiste—. ¿Cómo no vas a conocerlos? Acuérdate del escándalo Cash.

—Tampoco sé qué es el escándalo Cash —admití.

A Artie le costaba creérselo y se formó un extraño momento en el que ella no supo qué decir ante mi desorientación social y yo no supe qué excusa usar. Hasta que insistí:

—Pero cuéntame, vamos, parece interesante. ¿Quiénes son esos Cash?

Oh, esa pregunta...

Esa maldita pregunta.

Artie suspiró como una maestra que debía dar explicaciones extras a su alumno nuevo porque no tenía ni idea de cómo eran las cosas en la escuela. Y empezó a contarme:

—Bueno, ¿te has fijado que siempre suele haber un grupo de personas absurdamente ricas y poderosas? Pues ellos son nuestros absurdamente ricos y poderosos. Su apellido es famoso por ser el de una larga saga de políticos reconocidos.

—¿Al estilo de los Kennedy? —Enarqué una ceja en plan jocoso.

—Un poco —asintió más seria que yo—. Su padre, Adrien Cash, es una persona muy influyente con mucha visibilidad social y un enorme poder político. Así que eso, ellos son la élite que está por encima de la élite normal.

—La élite peligrosa —me permití definir mejor.

Artie asintió e hizo un gesto con la cabeza en dirección a los dos hermanos. El de los tatuajes se pasó la mano por el cabello como para recuperar postura y luego se giró hacia el frente de la caseta, en donde unas chicas entusiasmadas se acababan de acercar a mirar. Sorprendentemente, él apoyó los brazos en el mostrador de la caseta y esbozó una sonrisa muy ancha para atenderlas. Tenía una boca grande, irónica, con comisuras maliciosas.

—Ese es Aegan, el mayor, y va a tercero de Ciencias políticas —lo identificó Artie para mí—. Es el presidente de la mayoría de las organizaciones, clubes, sociedades..., de todo; literalmente, de todo.

Pasó a señalarme con disimulo al siguiente, que seguía al fondo de la caseta como ausente, distante, quizá un poco malhumorado.

—Ese con esa cara de «no me hables, por favor» es Adrik —siguió—. Va a segundo de Ciencias empresariales. No es tan extrovertido como Aegan, sino más... ¿solitario? No lo sé, pero con él no podrías tener una conversación banal.

De forma inesperada, mientras Aegan se concentraba en las chicas, Adrik sacó de su bolsillo otro cigarrillo y se lo acercó a la boca con una lentitud perezosa. Ni siquiera prestó atención a su hermano. Miró en la dirección contraria. Y expulsó el humo; las líneas flotaron frente a su perfil, indiferentes, pero estilizadas.

—Finalmente, hay un tercero: Aleixandre —agregó Artie—. Es el menor, y va a primero de Relaciones internacionales, pero al parecer no anda por aquí. Él es más sociable. Tiene un canal en YouTube donde hace videoblogs y cosas así. Tiene dos millones de suscriptores y le gusta alardear de ello.

Para finalizar, Artie dijo en tono dramático:

—Se les conoce como los Perfectos mentirosos.

Pude haberme reído, pero habría arruinado el tono dramático de las presentaciones. Tres chicos guapos con un apodo estúpido, ¿eh? ¡No podía faltar!

—¿Por qué les llaman así? —quise saber.

—Pues porque son muy buenos en hacerte creer que les gustas y luego mandarte a la mierda —respondió abrupta.

Esperé más detalles, pero Artie se encogió de hombros. Creí detectar algo de molestia en la forma en que miró primero a Adrik y luego a Aegan, pero no quise profundizar. Apenas la conocía.

—¿Literalmente o...? —dije, al final, en un intento de que me explicara un poco más.

—Es que ellos salen con las chicas solo durante noventa días —dijo, nuevamente con cierta inquietud—. No más. Es como... una regla. Se termina el plazo, y listo, como si nunca hubiesen sentido nada por ellas.

Fruncí el ceño y la miré como si acabara de decirme que tenía tres tetas.

—¿Existe alguien que acepte eso? —pregunté, mirándola con determinimiento. Esperaba que dijera: «Claro que no, Jude, es broma. Ya quedó atrás esa era en la que había que ser tan tontas con los hombres».

Pero no recibí esa respuesta.

—Te sorprenderías... —resopló Artie, de nuevo con un encogimiento de hombros, dando a entender que allí era lo más normal—. Puedes oír a las chicas diciendo que no saldrían con ellos, pero en cuanto se les acercan, ninguna se niega, porque salir con ellos es una oportunidad que va más allá de lo romántico. Te da estatus, visibilidad. Supongo que lo entiendes, ¿no?

¿Entenderlo? ¿De verdad? Claro que no, pero me limité a asentir, precavida con mis respuestas. Después, con lentitud y con la misma expresión, volví a mirar a los hermanos. Adrik ahora miraba a Aegan, quien hablaba sin parar con las chicas y les mostraba una hoja. Ellas estaban encantadas con su, al parecer, efusiva y apasionada explicación.

Sentí ganas de coger una piedra y lanzársela a Aegan como una pequeña señal de protesta por sus costumbres, pero eso tendría consecuencias. Malas. Y no podía arruinar mi ingreso en Tagus. No tendría esa oportunidad dos veces.

—Pues no me parecen tan sorprendentes —le comenté—. Son atractivos, pero chicos guapos los hay en todas partes.

La sonrisa de Artie adquirió un aire un tanto amargo.

—Chicos guapos sí, pero que además tengan el famoso apellido Cash, no. —Me echó un vistazo curioso, entornado—. Y sí son sorprendentes. Aleixandre está en el top de *influencers*, Adrik representa a muchísimas organizaciones de ayuda humanitaria y animal, y Aegan sigue los pasos políticos de su padre. No hay nadie con esos niveles.

—Es que es estúpido —opiné, entre burlándome e intentando entenderlo—. Tienes que ser tonta para poner tu dignidad por debajo de tu futuro.

Artie no dijo nada por un instante. Luego pareció querer ignorar a Aegan y me miró con un nuevo ánimo.

—Sí, bueno, cada quien sabe lo que hace, ¿no? —Le restó impor-

tancia—. Lo que tienes que hacer es no opinar sobre esto. Es cosa de los Cash, y muchos los defienden.

O sea, tenía que callarme porque ellos tenían su propio club de fans.

Iba a replicar, pero de forma repentina ella mostró una sonrisa emocionada. Fue impresionante cómo todo el aire del momento cambió.

—Pasemos a un tema mejor: esta noche empiezan los eventos —me informó con entusiasmo—. El primero son los juegos, imprescindibles antes de comenzar las clases. Vas a ir, ¿no?

—¿Qué hacen en esos juegos? ¿Ponen a las chicas a pelear en barro y apuestan por ellas? —resoplé con sarcasmo.

Artie soltó una risa sonora.

—No, se pasa el rato con juegos de azar, bebidas, conociendo a los nuevos... Tal vez pilles algún club... —Me miró con ansias—. Aunque podré presentarte a unos amigos que no consideran a las chicas como ganado, y por eso no son tan populares. Puedes andar con nosotros.

No sabía cómo eran los eventos de los chicos y las chicas de Tagus, pero necesitaba saber más sobre el mundo al que acababa de entrar, y la única manera de lograrlo era mezclándome. Después de todo, no había llegado a Tagus para ser una asocial que se sentara en el comedor con la cara contra su bandeja, procurando ser lo más invisible posible. No. Yo tenía otros planes.

Eché un rápido vistazo nuevamente en dirección a Adrik. Ya no estaba. En algún instante, se había escabullido. El cigarrillo, consumido, ahora estropeaba la grama junto a la caseta. Un claro gesto rebelde, ¿eh? Aegan sí seguía allí, hablando con las chicas, y ellas continuaban encantadas. Sus miradas estaban fijas en él, como si tuvieran ante sí algo fascinante e inspirador.

Así que ese era el líder de Tagus. Por él se movía el mundo de la élite. Era la figurilla sin aspecto de santo frente a la que todos se arrodillaban. Ese era el individuo que podía destruir vidas o cambiarlas en un segundo. El espécimen catalogado como: idiota con poder.

«Pues un placer conocerte, Aegan Cash.

Soy Jude, la piedra capaz de “accidentalmente” meterse en tu zapato.»